

# GOZO, DOLOR Y ESPERANZA del ecumenismo católico

SI existe un ecumenismo católico. Recordarlo puede parecer superfluo a muchos. Y, sin embargo, para otros muchos es necesario. Porque no faltan quienes han confundido el ecumenismo con una su forma concreta: el movimiento ecuménico nacido de la fusión de las dos iniciativas de origen protestante, que fueron "Vida y Acción" y "Fe y Orden". Y como los católicos hemos estado ausentes en todo momento del susodicho movimiento, dada la incompatibilidad entre algunos de sus supuestos y nuestro dogma, han venido a pensar que no ha lugar para un ecumenismo católico, y aun en ocasiones han tendido a juzgar como peligrosos irenistas, por el mero hecho de ser ecumenistas, a los teólogos católicos especializados en dicho tema.

Existe un ecumenismo católico. Ha existido siempre, desde el momento y hora en que se iniciaron las primeras disidencias, porque la Iglesia Católica no puede menos de afanarse por sus hijos separados. Pero importa subrayar el presente—existe—para indicar, no solamente que hoy, como siempre, se da el ecumenismo católico, sino que se da con una actualidad suprema, caracterizada por dos notas: 1) Una intensidad como la exigida por esta hora de unidad que vive el mundo y de la que, en lo eclesiástico, los brotes unionistas son una manifestación bien clara, en cuyo origen es fácil adivinar la acción del Espíritu de Dios; y 2) Una atención cuidada a todos los problemas teológicos, históricos y psicológicos, que se cruzan y entrecruzan en el problema de la separación y en el camino hacia la unión.

Este ecumenismo católico vive en nuestros días un gozo grande y un grande dolor—más o menos como siempre—, pero también una esperanza inmensa como jamás.

El gozo del ecumenismo católico tiene hoy dos razones: la una, eterna; circunstancial la otra.

Hoy, como siempre, los católicos sabemos con certeza de dogma que las divisiones entre los cristianos no han roto nunca la unidad de la Iglesia, que está indefectiblemente salvada en Roma y por Roma. En consecuencia, cuando vemos a los hermanos separados tantear aquí y allí caminos hacia la unidad, su confusión nos hace, por contraste, más conscientes de nuestra luz; y no podemos menos de gozarnos al saber que la Iglesia Una no tiene que ser creada, como piensan tantos hermanos separados que la dan por perdida, sino hallada allí donde está y estuvo siempre.

A esta eterna razón del gozo del ecumenismo católico se suma hoy otra dada por esos mismos susodichos tanteos de los cristianos disidentes. Son cada día más numerosos y más insistentes. No siempre avanzan por el camino derecho hacia la verdad. Pero, en su mayor parte, están inspirados por una buena voluntad, alentada por el espíritu de Dios. A ellos responde, dentro de la Iglesia católica, una creciente preocupación por allanar los caminos que conducen a la unión. El espíritu está curándonos a muchos católicos de la tentación de soberbia en que nos pudo hacer caer el sabernos en posesión de la Verdad. Y hoy somos cada día más los que ya no pensamos en que a nosotros sólo nos toca esperar a que vuelvan quienes se marcharon, porque no es urgente salirles al encuentro hasta donde nuestra fe nos lo permita y tener en todo momento los brazos abiertos de par en par para no desaprovechar el momento en que pudiera sonar la hora del abrazo.

Saber que la Iglesia Una, más que una posibilidad es una realidad y que el Espíritu empuja a los cristianos—a los separados y a los católicos—hacia la unión son razones de gozo. Pero junto a ellas dos cosas apenas al ecumenismo católico: la dificultad de hacer comprender que determinadas intransigencias son el más amoroso y eficaz servicio unionista de Roma, y el ver la falta de interés de demasiados católicos por el ecumenismo.

Precisamente por estar en posesión de la Verdad, Roma tiene que salvarla con firmeza. Ceder podría suponer alguna facilidad hacia la unión, pero hacia la unión en la ruina común. Por

esto, los ecumenistas católicos tienen que negarse ineludiblemente a determinadas condiciones que se les quieren imponer para el diálogo, tal como lo propone el movimiento ecuménico, y, en todo caso, jamás pueden pensar en ninguna componenda en el plano dogmático. En tal firmeza está uno de sus más importantes servicios a la causa de la Unidad. Pero tienen que cumplirlo, con el dolor de que su actitud sea interpretada en no pocas ocasiones como soberbia intransigente y falta de caridad.

Más sutil, y por ello más sensible, es el dolor de los ecumenistas católicos cuando el sufrimiento les viene de su propia retaguardia. La suspicacia de los unos, el desinterés de los otros son dolorosas dificultades. Pero, por gra-

cia, sus punzadas son cada día menos hirientes. Porque es difícil—a veces extraordinariamente delicado y peligroso—el quehacer de los ecumenistas católicos en vanguardia; pero es necesario intentarlo con prudencia y, por ello, con un contacto tanto más íntimo con la jerarquía cuanto más arriesgado sea el terreno de la acción. Los mejores cristianos lo comprenden cada día mejor. Y el interés por la unidad va creciendo por días, no ya por años, sobre todo desde que nuestro Papa Juan XXIII lanzó su llamada a Concilio.

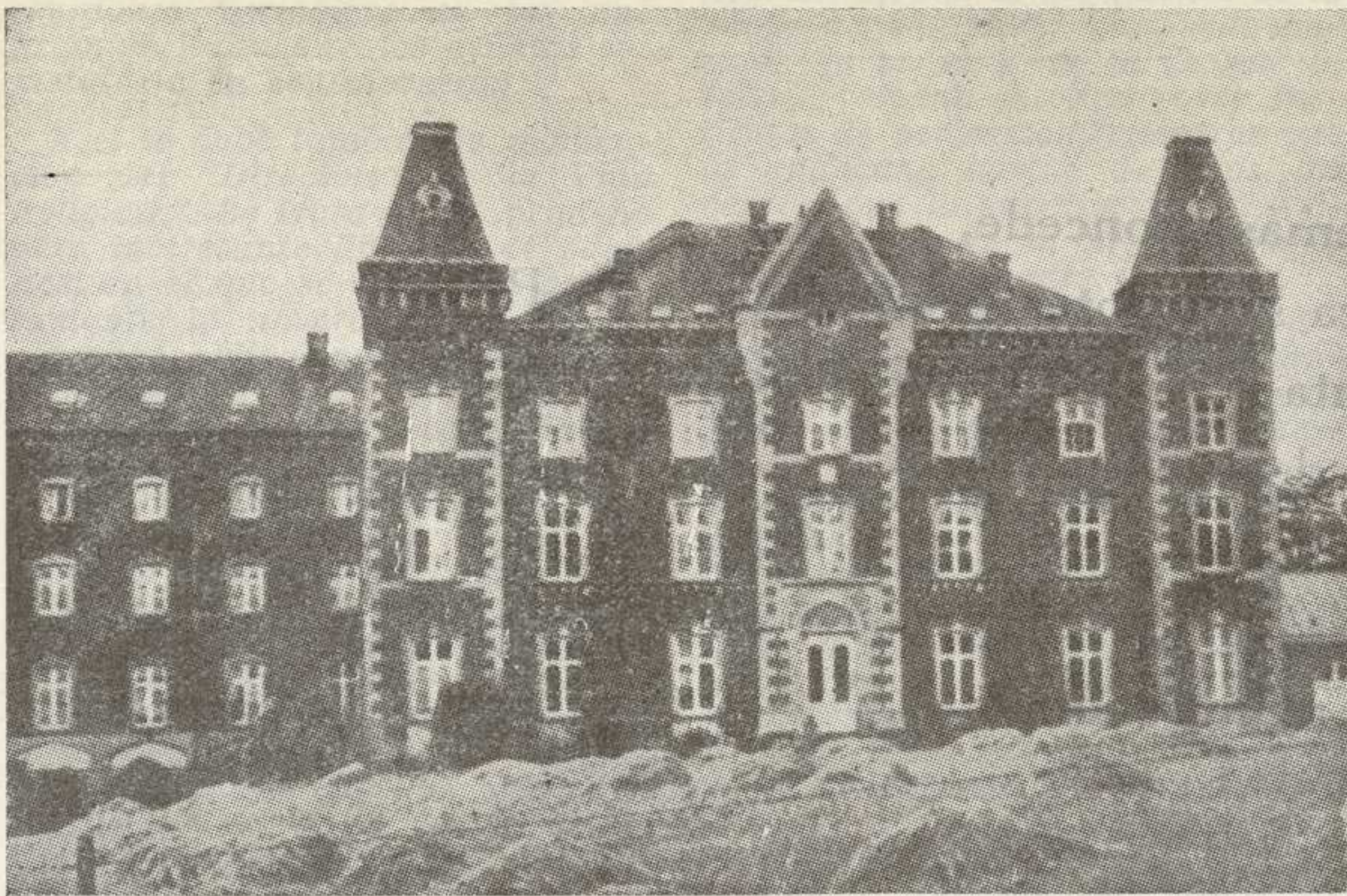
Sobre el gozo y el dolor del ecumenismo católico domina una gran esperanza. Dos cosas la abo-

nan, no obstante la dificultad de la empresa. De un lado, registrar la acción del Espíritu de Dios sobre los cristianos de todas las confesiones en favor de la unión, como si el Señor quisiera que se cerraran en este final de nuestro milenio las brechas que se iniciaron en Oriente con su comienzo y alcanzaron su mayor profundidad por su mitad con el protestantismo. De otro lado, estimula grandemente nuestra esperanza el saber que todos estamos convencidos de que la unión no puede ser fruto de nuestras conversaciones y asambleas. Nuestros pecados—los de todos—están en la raíz de las disidencias. Sólo la gracia de Dios puede traernos la deseada unión. Será don de lo alto que nosotros alcancemos con nuestras oraciones humildes, o no será

nunca. Porque así lo creemos todos, aun cuando estemos tan lejos todavía de ver el día del retorno a la unidad de la Iglesia de los hermanos separados, todos estamos ya unidos en la oración. Conscientes de que la actual situación no es la querida por Cristo, pedimos dos cosas: que Dios nos dé la perfecta unión que necesitamos y que nuestros pecados no la malogren. Más que en ningún otro objeto, en éste primerísimo en los deseos del Señor, tienen aplicación sus promesas: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá". Y nuestra mayor esperanza está en que la actual unión en la plegaria ecumenista sea anuncio de la pronta unión de todos en la unidad de la Iglesia verdadera, la católica.

## EL MONASTERIO de CHEVETOGNE

por Dom Tomás BECQUET, O. S. B.



EN 1924, el Papa Pío XI, por una Carta apostólica invitaba a la Orden Benedictina a trabajar en la gran obra de la vuelta a la unidad católica de las Iglesias de Oriente, y en particular de la Grande y Santa Iglesia rusa, separada de Roma desde hace siglos.

Con esta ocasión fué fundado en 1925, por el P. Dom Lambert Beauduin, un monasterio en Amay-sur-Meuse. Monjes benedictinos vinieron de diferentes monasterios belgas, ingleses, austriacos y franceses y muy pronto afluyeron vocaciones. Los primeros años fueron difíciles porque el ambiente no estaba aún preparado para el pensamiento ecuménico, tal como se conoce hoy en el mundo. Digamos aquí que uno de los primeros oblatos del monasterio fué el abate Couturier, de Lyon.

La revista "Irenikon" fué creada en 1926; tiene ya, por tanto, treinta y cinco años de existencia y no ha perdido nunca la simpatía que encontró desde el principio en los medios cristianos preocupados por la Unidad.

El crecimiento de la comunidad exigió el traslado a edificios más espaciosos. Así, en 1939 se hizo la instalación en Chevetogne.

Los benedictinos de Chevetogne tienen por misión y papel en la Iglesia de hoy el orar, trabajar y

consagrar toda su vida al deseo de Nuestro Señor Jesucristo: "Que todos sean uno", objeto de su oración y de sus recomendaciones a los apóstoles poco antes del sacrificio de la Cruz.

Quieren, por tanto, aproximarse a los hermanos separados para conocerles mejor y para unirlos a ellos en un esfuerzo de caridad;



iniciarse en sus lenguas, en su espíritu; estudiar reunidos los puntos comunes de doctrina y examinar más de cerca las razones históricas o teológicas que han conducido, a través de los siglos, a esta separación; preparar así la reunión de todos los hermanos separados, en el día querido por Dios y tal como El lo desee.

La liturgia solemne, según los dos ritos (latino y bizantino), el estudio, las publicaciones, las conferencias, los congresos, la recepción de huéspedes, especialmente no católicos, son sus principales medios de acción.

Ha sido edificada una iglesia oriental en la que todos los días se celebra el oficio en lengua eslava. Existe también una capilla latina. Los monjes, que no forman más que una comunidad, se dividen para oficiar estos dos ritos. Los domingos y los días de fiesta orientales toda la comunidad se reúne en la iglesia oriental; los días de fiesta latina, en la capilla latina. Puede adivinarse el enriquecimiento litúrgico y teológico que proporciona esta cohabitación de dos ritos, que es también un testimonio de la universalidad cristiana, católica, y una penetrante lección para los fieles que participan de ella.

Por medio de ediciones de iconos, por trabajos de arte oriental (cobres, esmaltes, ediciones de música), los monjes de Chevetogne quieren hacer apreciar lo que es el fundamento de una espiritualidad tan rica.

Cada año un Congreso teológico reúne teólogos católicos con los de otras confesiones para estudiar y confrontar sus puntos de vista acerca de una cuestión de la Iglesia. A su vez, los monjes de Chevetogne participan en reuniones semejantes celebradas en otras partes y son muy frecuentemente pedidos de muy diferentes puntos para dar conferencias o dirigir cursos.

La comunidad de Chevetogne es internacional.

Permaneciendo benedictina, se esfuerza por comprender el ideal perseguido por los monjes de Oriente, tanto en el pasado como hoy. El "ora et labora" determina su vida, y el "unum sint", su oración, su deseo, su finalidad, su esperanza y su fe.

2.º fascículo

in  
cu  
na  
ble

PERIODICO SACERDOTAL  
VOLUMEN III  
N.º 140 enero 1961  
Depósito legal: M. 677 - 1958